

Real Expedición Botánica / Destierro

Se confunde la ruralidad con la idea que tenemos de su valor. Se cree que la tierra es lo que la representa a través de lecturas productivas: esquemas, fragmentos, mapas para incursionar y hacer uso de la vida que contiene.

Hay una serie de consideraciones a tener en cuenta sobre la inserción del concepto de paisaje dentro del imaginario urbano/occidental. Desde una lógica capitalista, la imagen juega un rol fundamental en la reproducción de patrones que someten a lo periférico -- la tierra y sus cuerpos -- como objetos de extracción.

La pérdida de paisaje derivada de la degradación de tierras, la deformación de ecosistemas y la explotación laboral, son las bases estructurales de la construcción de cualquier monocultivo a gran escala. Esta idea del paisaje se construye desde su eco, desde la data que se recolecta de él y las incisiones quirúrgicas que lo someten tanto a nivel físico como conceptual.

*Qué hay de hermoso en el retrato
de los campos que retornan
a ser ruta y espectáculo
cuando no echarán nunca raíces
en noches frías.*

Este episodio parte de una serie de exploraciones visuales y poéticas sobre el terreno. Desde la práctica visual buscamos alternativas de representación que escapen a la mirada romántica y extractiva como herramienta de sometimiento de la tierra a través de la imagen. Iniciamos así este ejercicio denominado **antipaisajismo**, dialogando con las formas irruptivas de la antipoesía del poeta chileno Nicanor Parra como reto a las estéticas narrativas imperantes y socialmente aceptadas. Esta motivación antipaisajista ve más allá de la circunferencia de lo ya nombrado y conquistado. Apunta a sus (des)bordes. Consagra el duelo que riega la tierra. Plasma nuestro anhelo de ver periferias sin sombra de sacrificio: no en sus cielos y campos immaculados, sino desde las grietas que gritan y rompen, a través de las cuales brotan nuevos poderes.

Desde la práctica visual, tenemos un enorme deber con el porvenir y la deconstrucción de conceptos extraviados. Descomponer y excavar narrativas sobre el paisaje que lo someten desde una serie de ideas fundadas por el desencadenamiento de procesos coloniales y sus contornos modernos. Los conceptos son ágiles ráfagas que llevan sobre sus alas misteriosos y potentes conjuros.

Nuestra expedición se traslada en este episodio al delta del río Ebro, donde nos centramos en la amenaza que suponen las miles de hectáreas del cultivo de arroz. La recolección de datos y estadísticas difunden la previsible desaparición del delta en el próximo medio siglo, constituyendo la imagen de un paisaje futuro que no es útil y por ende, insano. El grito de esta tierra, oculto tras los disparos espantapájaros y los tractores, nos demuestra que la invasión de su cultivo desenfrenado, su salinización, hundimiento y exterminio son producto de una batalla incesante por dominarla y domarla.

En el Ebro se ha destinado desde el s. XVII el 80% del territorio para el cultivo de arroz, un cultivo que hoy en día utiliza casi el 40% de toda el agua para riego a nivel mundial y que emite más del 10% gases de efecto invernadero no carbónicos, incluyendo altísimos niveles de gas metano. Los campos de arroz contribuyen al calentamiento global tanto como la aviación. Sin embargo, se ha prestado poca atención a su impacto ambiental frente a otras plantaciones como la palma o la soja.

Aquí, donde se localiza la compañía arrocera más grandes del mundo, Ebro foods, a la vez existe un plan de emergencia ambiental para frenar la desaparición del delta a causa de la pérdida de sedimentos que son retenidos por las presas de canales de regadío, provocando la salinización de las tierras. La disputa eterna entre lo natural y lo productivo.

*Dónde está el cielo
cuando miramos al suelo
inundado.*

Es así que durante la residencia en Balada, nos centramos como punto de partida en dos elementos para abrir esta exploración poética-visual: la salinización de las tierras del Ebro a causa de su monocultivo y los métodos para espantar a las aves migratorias. Una representa una enfermedad invisible y la otra se convierte en la simbología localizada de conquista, control y destierro.

En cuanto a la salinización, se elaboraron alfombras con un patrón estetizado, aludiendo al art nouveau y lo natural como herramienta ornamental de la vida urbana, de dos especies fundamentales - las salicornias y las crasuláceas - que crecen en humedales para regular su salinización y que en el Ebro han sido suprimidas junto con la retención de sedimentos del río por las presas de regadío. Cuando se destruye un ecosistema natural y es reemplazado por uno agrícola de diseño industrial, la biodiversidad disminuye enormemente: sólo existe una especie vegetal (la cultivada). Como gesto poético, estas alfombras son “sembradas” en líneas intermedias entre los monocultivos de arroz, buscando representar el paisaje desde su pérdida, lo que le ha sido arrebatado para rellenar sacos, y desde sus anhelos, lo que podría ser. Plantea la urgencia de sembrar diversidad para regenerar este territorio como aposento de vida fértil.

Por otro lado, aludimos a las banderas negras clavadas en medio de los cultivos de arroz para espantar a las aves migratorias y proteger la cosecha. Es así que se emprende una disputa entre la agroindustria y la vida que es vista como amenaza. A lo largo del delta se extiende toda una serie de dispositivos destinados al espanto y desaparición de las aves en un territorio considerado como área de protección de aves por la gran variedad existente (60% de especies de Europa). Desde banderas negras o espantapájaros hasta disparos nocturnos, esta tierra ha perpetuado a través de las décadas el perfil hierático de un horizonte decapitado y reemplazado por banderas, recordándonos el sometimiento al sacrificio.

*Flamea un ejército
cuyas armas se activan
con el viento
que ha sido envenenado.*

De este modo, se desarrolla una acción donde se intervienen estas banderas con frases extraídas de un cancionero de baladas desarrollado durante la estancia en el delta. La balada como un canto al amor perdido, se destina a cuestionar los modos de habitar y mirar este paisaje como un amor arrebatado, sin sedimentos, las herramientas de control y la función que ejercen la práctica visual contemporánea para perpetuar los patrones de su espectacularización.

Lo periférico se construye como un afuera lejano y ajeno que se expresa de manera consciente, como si fueran los músculos que gesticulan una sonrisa inerte que está sobre-arando la tierra sobre la cual camina la modernidad, para luego recibir sus desechos en constante proceso de descomposición. Cuánto más fructífero sería pensar que todas nuestras acciones se despliegan sobre una manta universal, sabiendo que venimos bordando banderas con manos hinchadas desde el encierro de las murallas urbanas.

Abrazamos así un territorio incierto: fragmentos de un paisaje y sus partidas calladas, a gritos y grietas.